

CUENTOS BASCOS



I

ANTÓN MĪSERI

En un lugar de Guipúzcoa, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un hombre de edad de 23 años que habitaba una casa bajita, que estaba adyacente á una huerta de regulares dimensiones. Huerta que le proporcionaba lo suficiente para sustentarse.

Antón, este es el nombre de nuestro protagonista, no hacía otra cosa que quejarse de su suerte. Si llovía algo, ponía el grito en el cielo lamentándose de que aquellas aguas eran perniciosas para las plantas; si no llovía, quejábbase también; y siempre de esta suerte.

Los habitantes del lugar que conocían bien á nuestro Antón y sabían de que pié cojeaba, le pusieron el característico apodo de *Antón mĭseri*; pues era mísera su persona, mísera su existencia, mísero su modo de proceder.

Bello ideal de felicidad era para muchos poder tener una huertecita con su casa; pero Antón despreciaba lo que tenía.

Este es vicio en que muchos incurren.

Así las cosas, llegó al lugar un individuo de esos que se dedican á transportar gente allende los mares, y que pintan á los incautos aquellas tierras como una verdadera Jauja. En fin *mas vale no meneallo*; y sigamos.

Ese individuo llegóse á Antón y pintóle la cosa, como buena, con los más vistosos colores. Le dijo que en aquellas tierras no había necesidad de *sudar el hopo* para ganar el sustento: que llovía cuando así

convenía, y que no caía gota cuando no había necesidad. Poco faltó para que aquel hombre le dijese que á su llegada á Rio Janeiro, (esta es la ciudad á donde quería llevar el negociante á Antón), se encontraría con montones de oro al primer paso, o que por allá no padecería de hambre ni de sed.

Fascinado estaba Antón, escuchando á aquel hombre, que para él era ya un oráculo. Extraviáronse y no tardó muchos días en dejar su casa, su huerta y su pueblo y embarcarse con rumbo á América en el primer puerto.

No vamos á acompañar en su viaje á *Antón miñeri*. Tan mísero era que no tuvo ni una lágrima en sus ojos al dejar tras de sí las azules montañas bascongadas y perderse en el Océano inmenso.....



Transcurrieron algunos años. *Antón miñeri* había dejado de serlo. Era ya, según todo el mundo le llamaba *Antón el indiano*. Estuvo en América de donde trajo riquezas, no se sabe cómo adquiridas.

¡Cualquiera se codeaba en el lugar con el bueno de Antón!

A sus antiguos camaradas no les trataba, pues les creía inferiores á él. Con la aristocracia del pueblo, compuesta por el cura, el boticario, el médico y el maestro á duras penas se entendía, pues no creía que estos señores tenían tanto rango como para tratar con él.

Hablar la milenaria lengua de Aitor, era para él cosa de gente baja y soez. Como persona *culta*, *maltrataba* el hermoso idioma de Cervantes.

Hallábase una tarde nuestro buen Antón, leyendo la *gaseta*, como él decía, en la plaza; no tardó mucho tiempo en juntarse con él el galeno del pueblo. Ambos trabaron una conversación que nada nos interesa.

Cuando más entusiasmado se hallaba nuestro protagonista, perorando sobre el *progreso* y el *adelanto* de los pueblos, (por supuesto sin entender una jota de lo que decía) le interrumpió un labrador, antiguo amigo suyo, que venía á saludarle. *Kaiño Antón, ¿nola gabiltza?* (Qué tal Antón, ¿cómo vamos?)—¿Qué dise este *endividuo*? preguntó Antón al médico.

No tuvo este tiempo de contestar, pues antes de que lo hiciera se había adelantado el labrador, diciendo, dirigiéndose á Antón:

—*Astua itzan lenago; astuago etorri aiz Ameriketatik.*

(Asno eras antes; más asno has vuelto de América.)

Y el labrador, que se llamaba Chomin, se fué, dejando suspenso á Antón.



Que seguía tan bruto como antes. Se metió en algunos negocios, y como no siempre la fortuna favorece á los necios, en cuyo número se contaba Antón, aunque él muy otra cosa se creyese, una vez le fué ingrata esta señora. Y se fastidió.

Se metió en un negocio, no bien limpio por cierto, é interesó todo su capital, que perdió por completo. Así se encontró Antón otra vez en su primitivo estado; en el de *Antón míseri*.

No tenía con qué comer. ¡Triste situación la suya! Pensó pedir dinero á alguién; más no sabía á quién; al fin dió en el clavo. Se acordó de Chomin, (á quien conocen mis lectores), y á él se fué en derechura con la sana intención de... estafarle, de la manera más donosa. Iba á proponerle un negocio, y con tal motivo quitarle una suma, en cuya compañía huiría él de allí, para poder pasar el resto de su *mísera* vida con aquellos fondos. Mas no salieron las cosas á su gusto.

Acercóse á Chomin, saludóle, y poco á poco fué exponiéndole el objeto de su visita en términos que Chomin no entendía... ni Antón tampoco.

Cuando acabó este su discurso, Chomin se rascó dos ó tres veces la cabeza, sonrióse y preguntó á su mujer, que cerca se hallaba:

—*¿Zer esaten du gizon onek?* (¿Qué dice este hombre?)

Y soltó una estrepitosa carcajada, que desconcertó á Antón. Entonces recordó este lo que le sucedió pocos días antes con Chomin, y veía que este le contestaba de igual manera que el otro había hecho con él.

Como la necesidad apretaba, no tuvo otro remedio que olvidar su rango é identificarse con la gente *probe*, como él decía, y hablar bascuence.

En esta lengua hizo su proposición á Chomin, que le contestó también en bascuence:

—No me parece malo el negocio; pero tengo que pensarlo bien antes de interesarme en él; si me decido á ello mandaré á V. el dinero que me pide con el *morroi*.

Antón se dió por satisfecho con esta contestación, y despidiéndose muy cortés, se fué.

Al irse le dijo Chomin:

—*Antón, ez izan lotsarik euskaraz itz egiteko.* (Antón, no tengas vergüenza de hablar bascuence).



¿Qué pasa al bueno de Chomin que parece estar desesperado? ¿Quién grita? ¿A quién amenaza?

—*¡Antón mišeri! ¡Antón mišeri! Zuk galdu nazu.* (*¡Antón mišeri! ¡Antón mišeri!* Tú me has perdido). *¡Ay, Antón!* grita con desaforada voz.

¿Qué es lo que le pasa? ¿Qué es lo que ha hecho Antón? Pues lo que se propuso: estafarle.

Efectivamente; á los pocos días de haber tenido Antón y Chomin la conversación que ya conocemos, recibió aquel de manos de un criado de Chomin una suma respetable.

En cuanto se vió con el dinero en la mano puso piés en polvorosa; huyó, dejando á Chomin burlado. Razón tenía este al desesperarse. Gran parte de su capital se lo había entregado á Antón, creyendo que este, aunque majadero, no era villano, y figúrense mis lectores cómo quedaría el bueno de Chomin.

Dió parte á las autoridades y estas activaban la persecución de Antón, que al fin vino á caer en manos de la justicia. Cuando supo la nueva Chomin, se dirigió al Ayuntamiento y habló con el Alcalde, para que este intercediera, con objeto de que dejasen libre á Antón, pues él de buena gana le perdonaba.

Mas los buenos deseos de Chomin no llegaron á realizarse. La justicia prendió á Antón y le encarceló. Así y todo Chomin hizo todo cuanto pudo porque Antón se viese libre, pero de nada valieron sus esfuerzos.



Un cuarto estrecho y largo; paredes húmedas; una ventanilla resguardada por fuerte reja: esta era la habitación de Chomin. Sus maldades le habían llevado allí. El que no se contentó con la casita y la huerta, tenía que darse por satisfecho con aquella desmantelada habitación. En aquel encierro es donde comprendió lo que valía la vida

que había despreciado en su juventud. ¿Qué daría ahora por verse libre, para poder trabajar en su huertecita?...

Ansiaba ver campo, deseaba contemplar la naturaleza, mas no podía. La ventanilla hallábase tan alta, que podía subir á ella.

Hacia propósitos de volver á buena vida; mas ¡vano empeño! estaba sujeto con cadenas de hierro y no podía verse en libertad.

La habitación le parecía un sepulcro; creíase enterrado en vida. Al escuchar los cantos de los pájaros se figuraba que le decían: *no saldrás de ahí*. Al percibir todo ruido se estremecía, y al oír cantar lloraba. No veía más luz que la que entraba por la ventana, luz triste, trisísima, que acongojaba el alma de Antón.

¡Qué momentos los que pasó en aquel calabozo!

La debilidad de sus miembros, el estado de su ánimo y los remordimientos que le perseguían, fueron causa de que poco á poco se fue minando su salud, hasta encontrarse al borde del sepulcro.

Conociendo él lo grave de su estado, quiso morir como cristiano y pidió un confesor.

Cuando se reconcilió con Dios, quiso también hacerlo con los hombres á quienes había ofendido, y principalmente con Chomin.

Este acudió presuroso, cuando tuvo noticia del estado de Antón.

Aparecer Chomin en la puerta del calabozo y querer arrojarse Antón á sus piés, derramando un mar de lágrimas, todo fué uno. Chomin emocionado ante tal escena abrazó á su antiguo enemigo y le perdonó.

¡Qué escena tan conmovedora aquella!

Chomin lloraba como un chiquillo. Su corazón noble y bondadoso le impulsaba á sentir la muerte de Antón, tanto como pudiera haber sentido la muerte de una persona de su familia.

Llegó para Antón el último momento de su vida; espiró en brazos de Chomin.

¡Qué fin tan triste el de *Antón miſeri!* ¡Que generosidad más consoladora la de Chomin!

BONIFACIO DE ECHEGARAY.

